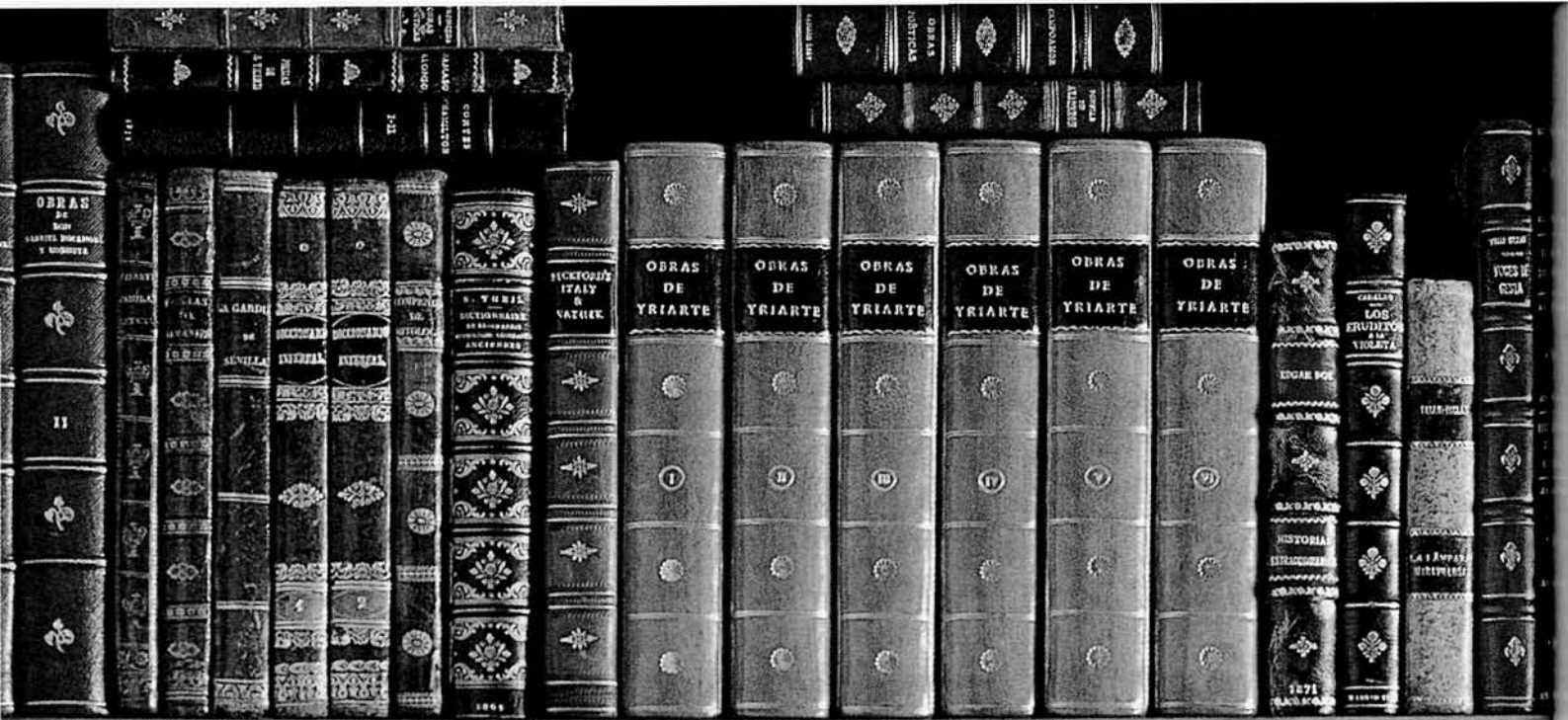


BIBLIOTECA



Cortázar, epistológrafo*

Cuenta Genette que, cuando en 1876 apareció la correspondencia de Balzac, Zola se alegró de haberla leído porque descubrió que en ella, aun en bata y pantuflas, el escritor resultaba más simpático y más grande; mientras que para Flaubert ésa resultó una lectura instructiva por cuanto mostraba una vida más preocupada por el dinero y la gloria que por la Belleza. Quienes se acerquen a los tres volúmenes que reúnen casi cinco décadas de cartas de Cortázar con un propósito semejante al de Flaubert o al de aquellos a los que García Hortelano llamó «husmeadores de sábanas» se sentirán defraudados, si logran superar el enojo de descubrirse a sí mismos como lectores chismosos, en la medida en que en poquísimas ocasiones han de encontrar aquí intimidades que reflejen lo personal vuelto obscenidad.

Imaginemos, pues, a alguien que venga a esta obra libre del espíritu morboso producido por el acceso a documentos personales de un desconocido, de quien se cree conocer casi todo y del cual uno puede sentirse más cercano que de muchos tíos lejanos. Entonces, ¡tras diez

años de secreto a voces! la ocasión se convierte no sólo en oportunidad para descubrirlo de modo inopinado en su taller sino también para comprender, desde dentro, ciertas aparentes contradicciones tenidas por imperdonables; todo ello, además y por supuesto, mediante una prosa cuya versatilidad irá tomando su característica forma esponjosa año tras año, sin apenas trampas ni cartones, hasta lograr esa cautivadora sugestión de familiaridad que era una estrategia antisoemne y una argucia de trujamán por la cual, si bien ganó inúmeros adeptos e imitadores, también cosechó enemigos de todos lados y fue llamado, ora populista, frívolo y cortejador de masas, ora mandarín, intelectualista y pequeño burgués.

El hipotético lector que pretendiera ser fiel a la verdad crítica —y demos por posible la existencia de ambos ideales—, debería desempeñarse con la voluntad de un Ulises ensordecido ante las sirenas, desoyendo la complicidad que el autor exigía en otros ámbitos, para entrar así en este santuario sin presignarse, como si accediera en secreto a un edificio en el que estuviera cele-

* *Julio Cortázar, Cartas, Vol. 1 (1937-1963), vol. 2 (1964-1968), vol. 3, (1969-1983), edición a cargo de Aurora Bernárdez, Buenos Aires, Alfaguara, 2000, 1835 pp.*

brándose un rito de ignota etiqueta. Sin esperar nada extraordinario de estas páginas, el impasible lector saltaría por encima del circunstancial prólogo de Yurkievich, un favorable-París-poema casi obligado («Las cartas de Julio Cortázar lo representan conmovedoramente»), y, con el mismo impulso, superaría asimismo la nota antepuesta de Aurora Bernárdez («Imposible excluirlas del cuerpo de la 'obra'; pese a su espontaneidad y, a veces, a su carácter circunstancial, forman el revés de la trama de la vida y de la escritura del autor»), hasta encontrarse con lo siguiente:

«Bolívar, 23 de mayo de 1937

Amigo Eduardo:

Ya sé, ya sé. Habrás protestado de lo lindo por mi silencio, ¿no es cierto? Y las reglas de urbanidad ordenan que a renglón seguido, yo arree con la mulita de las excusas. Pero como sucede que soy un individuo a quien la urbanidad —ésa la «social»— le interesa tan poco como las poesías de don Arturo Capdevila, no te diré sino que el problema de habituarse a un medio, las pequeñas grandes dificultades que se plantean al encarar una nueva esfera de actividad, y todas las zarandajas del caso justificarán sobradamente mi retraso».

Ante tal inicio, el lector se da cuenta de inmediato de una posibilidad que dudaba poder barajar pero cuya confirmación se irá imponien-

do a lo largo de las casi ochocientas cartas siguientes. Leer esta correspondencia como un ejercicio novelesco ofrece un aliciente suplementario a sus páginas y, por ende, a aquél que las escribió. Si uno las cruza fingiendo no conocer ni al autor ni su final, verá aparecer a uno de los más fascinantes personajes de la literatura argentina del siglo y —como él mismo observara refiriéndose al joven Dickens en el transcurso de la escritura de *Los papeles del Club Picwick*— asistirá al surgimiento de un creador y de un estilo novedoso en su idioma, aligerado tercamente de los «floripondios inútiles de la retórica».

Con esa perspectiva ingenua e ilusionada, la correspondencia de Cortázar no es sólo el repertorio que permite al coleccionista rellenar los blancos que, como teselas, faltaban en el mosaico-rompecabezas de tal personalidad controvertida, ni tampoco —aunque de hecho lo sea, abrumadoramente— el desmentido de tantas intuiciones y de tantos patinazos documentales y simplificaciones psicológicas como abundan, por ejemplo, en la apresurada biografía de Mario Goloboff, *la biografía*. Desde ese punto cero que arranca con un joven exiliado en provincias, un tanto sabihondo y un mucho letraherido, hasta la aparición de *Rayuela* y su posterior y fenomenal popularidad, se reaviva una vez más —y desde mediados del siglo XIX van...— la vigencia